

alguna cosa, todavía.—Apóstrofe á Jacob.—La túnica ensangrentada, allí falta.—No hay quien pueda consolarla.—Todo lo ha perdido.—Hasta su Dios.—Recuerdos del Misterio de la Encarnación.—Esdras y la señora enlutada que halló fuera de los muros de Jerusalén.—No quiere, sino vagar, llorando.—Juan y María.—Por fin, vuelve á la ciudad.—Via dolorosa.—Recuerdos.—Isaac.—Amasa.—Abel.—Puerta Judiciaria.—Palabras del Salvador, caído, á las santas mujeres.—Vista de Jerusalén.—Recuerdos de Jeremías.—La hiena del Profeta, imagen del pueblo judío.—Los conciliábulo y precauciones para la prisión de Jesús.—El Cenáculo.—Nuevos recuerdos.—La Eucaristía.—La oración al Padre.—Pedro, y su negación.—Juan, y las palabras de la Cruz.—Magdalena, y el perdón.—Judas.—Oración de María presa de un nuevo y último dolor.—El Hijo Pródigo.—La Thecunitis.—David llorando á Absalón perdido.—Aplicaciones morales.—Rito de la purificación de la casa leprosa, en tierra de Canaam.—Multiplicadas ceremonias y precauciones significativas.—Total destrucción de la casa de lepra pertinaz.—Exhortación y súplica.

## SERMON

### DE LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

*Moriatur anima mea morte justorum..... Deus eduxit illum de Egipto...  
;Quam pulchra tabernacula tua, Jacob,  
et tentoria tua, Israel!*

Muera mi alma con la muerte de los justos..... Dios le sacó de Egipto...  
;Cuán hermosos son tus pabellones,  
Jacob, y tus tiendas, Israel!

(Núms., XXIII-10 y 22-XXIV-5.º)

El Sagrado Libro de los Números, que es el cuarto de los cinco que componen el Pentateuco de Moisés, y así denominado por intérpretes y expositores, porque comienza con el alistamiento ordenado por Dios, de todos los hombres aptos para tomar las armas en el escogido pueblo, antes de entrar ya, librando los consiguientes combates, á la ocupación de la tierra de Canaam, es, como el Levítico que le antecede, un volumen en que se encierran admirables y proféticos hechos, y no menos admirables y profundas ceremonias, precursoras todas de las de la Ley de gracia.

La agrupación de las doce tribus al rededor del tabernáculo en cuatro frentes de batalla, respectivos á las cuatro partes del mundo; la constante guardia y servicio de la de Leví, cerca de ese mismo tabernáculo; la institución del nazareato; las oblacones de los jefes de las tribus; el candelabro y las lámpa-

ras del lugar santo; las dos trompetas de plata para levantar el campamento; la época de la celebración de la Pascua; la nube y columna de fuego que protegía los reales; los exploradores, y las murmuraciones del pueblo, y sus castigos; Coré, Dathán, y Abirón, sepultados vivos en el acto de su rebelión, como antes Nadab y Abiú al poner fuego profano en sus incensarios; la vara de Aarón florecida; la decimación y primicias; la muerte de María, hermana de Moisés; basta.

Toda la Escritura Santa, hermanos míos, está llena de María, en palabra verdaderamente hermosa y sublimemente inspirada de San Bernardo; pero yo puedo aseguraros ahora, que al hojear el Sagrado Libro de los Números para tratar de establecer sobre él mi panegírico de la Asunción de esa Inmaculada Virgen Madre, la he hallado en todas sus páginas; la he adivinado, con los SS. PP. y expositores, en todas sus letras; la he visto, en fin, por todas partes; pero al llegar á la muerte de María, que cuidaba oculta, de lejos, la cestilla de juncos embetunados en la que se salvó milagrosamente en el Nilo, su hermano Moisés, que le acompañó por el desierto, que celebró en alegres ecos sus victorias, como David las del Arca Santa, he concluído, ya lo veis, de afirmar mi concepto.

Pero no he podido, permitidme este lenguaje, resistir á la tentación santa de mi curiosidad por investigar las glorias proféticas de la Madre de Dios en este Libro; y aunque había visto el ejército ordenado en batalla, que la simboliza; y la deputación especial de la tribu Levítica que la prefigura en sus especiales cuidados cerca del Dios humanado por nuestro bien; y la institución del nazareato, que me representa la consagración del divino Infante en el Templo; y el candelabro y las lámparas, y la vara de Aarón florecida, y la nube de rocío y la columna de fuego, y todas esas semblanzas profético-poéticas de María, como las ha llamado recientemente en una su hermosa producción literaria, como todas las suyas, mi venerado y querido Maestro en la ciencia escrituraria, aunque he visto que María murió en el desierto de Sin, y fué sepultada

allí, cuando el pueblo se hallaba en Cades; he leído en seguida, en el versículo siguiente, que el pueblo comenzó á padecer sed, y que brotaron al contacto de la vara mosaica aguas de una peña, no lejana del sepulcro de María, que han seguido abundantes por todo el itinerario recorrido hasta Canaam; y he visto la serpiente de bronce, y el maná; y en seguida también, he hojeado otra página y he admirado las primeras victorias del ejército alistado en Los Números, en las fronteras de la tierra de promisión, y he visto muertos á Sehón y á Og, reyes de los amorreos, en Hesebón y en Basán; y he sentido temblar en su trono á Balac, rey de los moabitas, y le he oído llamar precipitadamente al hijo de Beor, Balaam, el adivino, que habitaba sobre el río de la tierra de los hijos de Ammón, para que desde las alturas limítrofes de su reino, maldiga á Israel, acampado á su falda.

Por tres veces consecutivas subirá el Profeta de la mentira, prodigiosamente convertido por Dios en oráculo de la verdad, á tres diferentes alturas, para maldecir desde ellas á las huestes invasoras, instado por el rey de Moab, que le hará construir en cada una de ellas siete altares y colocará sobre ellos siete víctimas, número perfecto, según la Santa Escritura, y simbólico de los dolores de María, según los SS. PP., intérpretes y expositores de la misma; y las tres veces colmará de bendiciones al pueblo de Dios, ante el enfurecido monarca, pronunciando, entre otras, las palabras que de tema he querido presentaros, y que profetizan la gloriosa muerte, la milagrosa Asunción, y la Coronación dichosísima de esa Virgen, esperada primero por los hombres en la tierra, y después por los ángeles y bienaventurados en el Cielo, con vivas ansias y fervorosos deseos: *Ella murió con la muerte de los justos: su cuerpo, como su alma, fueron sacados del Egipto de este mundo; y admiró la belleza de las tiendas y de los pabellones del Cielo, siendo constituida Reina de aquella feliz morada.*

He propuesto, hermanos míos, mi tesis: ayudadme ahora

bien á desenvolverla, suplicando sus auxilios á la que, según el Libro Santo, habita en Israel, posee la herencia de Jacob y sin cesar arroja raíces en sus elegidos, saludándola con el arcángel en nombre y representación del Cielo.

AVE MARÍA.

No escasean, por desgracia, en nuestra moderna ilustrada generación, hijos y secuaces de Balaam, que conducidos por la vil cabalgadura de sus pasiones y sus delirios, oyen la voz del monarca hijo de Sefor, del caduco y desprestigiado protestantismo, y por un puñado de monedas, ya que no por un odio irracional y sistemático á la verdad y al bien, vienen de lejanos países á difundir el vicio y el error entre las gentes sencillas, y á maldecir desde las escuetas cumbres de su soberbia y de su ambición, la única religión revelada y verdadera, y sobre todo, el tierno culto y la amorosa devoción á María, rebajando á todo trance sus grandezas, prerrogativas y privilegios.

Pero Dios, que siempre es Dios, y por lo mismo bueno, misericordioso, sabio y omnipotente; Dios, que sabe sacar de las tinieblas la luz, y convertir al lobo rapaz en mansa oveja, y al león del desierto en humilde corderillo de las praderas; Dios, que hace elocuentes las lenguas de los niños colgados aún del pecho de sus madres, y convierte el mal en bien, y nos envía la salud por conducto de nuestros mismos enemigos, acostumbra mil veces á colocar su ángel en el camino de esos desgraciados que se ven forzados á adorarle, postrados rostro en tierra como Balaam, en medio de prodigios inauditos y de circunstancias que el mundo llama casuales, y los hombres de fe milagrosas.

María tendida en el lecho de la muerte, que es el principio de su elevación y de su grandeza; María, recordando á esos hombres la inevitable é ineludible ley de la naturaleza

humana, que Ella misma no pudo evitar, aunque había llevado en su casto seno, y prestado su sangre virginal al principio, luz y fuente de toda vida; María, suspirando como buena y fiel hija de Abraham, por las promesas hechas á su padre; María, rompiendo los lazos de la carne mortal que aprisionaban su espíritu en este valle de lágrimas, á impulsos del amor divino, según la hermosa frase de San Ildefonso, Arzobispo de Toledo; María, en fin, dejando sin esfuerzo alguno la cubierta de su carne mortal, y su alma inmaculada, cayendo dulcemente en el seno de Dios, según la afirmación unánime y bellísima de los SS. PP. sus entusiastas, y de los escritores piadosos, sus devotos, presenta á los ojos de esos extraviados la muerte, bajo una forma tan encantadora y original, bajo un aspecto tan delicado, tan convincente y tan sublime, que al subir muchos de estos nuevos hijos de Beor, alucinados hasta entonces por el espíritu privado de la falsa adivinación y de la mentira, y seducidos por las ofertas de los modernos cananeos, y por los becerros y bueyes colocados sobre sus fementidos altares, al subir, repito, á los altos de Baal, y contemplar la inmensa extensión y suprema belleza del campamento católico, en cuyo centro se asienta, al parecer dormida y como muerta, pero en realidad protectora y vigilante en su corazón de Madre, la que, según el Santo Oráculo, es terrible como un ejército ordenado en batalla, contesten desde luego, con resuelto ánimo y varonil entereza, á las continuadas excitaciones de la malhadada Reforma, enemiga irreconciliable y eterna de la Madre de Dios, con las mismas ó parecidas palabras con que Balaam respondió á Balac en presencia de todos sus cortesanos: «¿Cómo maldeciré á quien Dios no maldijo? ¿Cómo he de detestar á quien el Señor no detesta? ¿Quién podrá contar el polvo de Jacob, y saber el número de la estirpe de Israel? *Muera mi alma de la muerte de los justos, y mis postrimerias sean semejantes á éstos.*»

No, dicen en el fondo de su corazón y de su alma, y muchas veces lo publican con su lengua, obligados por la fuerza

de la convicción, por la experiencia de los prodigios, por las reflexiones de la esperanza y del dolor, en el lecho de la enfermedad ó de la muerte; no es posible, en manera alguna, que esa Mujer que muere en una forma tan especial, que ha deseado continua y santamente la muerte, sobre todo desde que se apartó de ella el fruto de sus entrañas; que muere con la sonrisa en los labios y el amor y la esperanza en el corazón, sea una mujer vulgar, menos una criatura infame, pospuesta por Lutero á Catalina Bora, y apellidada *grosero ídolo* en sus imágenes, en los furores impíos del heresiarca: es la Madre de Dios, digna de la veneración y del culto, del respeto y del amor, y del entusiasmo que se la tributa en el seno de la Iglesia Católica.

Y así es, en efecto: apenas muere María, hermana de Moisés, y es sepultada en el desierto de Sin, no lejos de Cades, cuyas palmeras simbolizan la esbelta belleza de la Madre Virgen, y de Jericó, á cuyos plantíos de rosales es comparada en la Santa Letra, comienza el pueblo á sentir la falta de agua: también los discípulos, testigos presenciales de la muerte de María, que han recogido su último aliento, sentido el aire embalsamado por su postrer suspiro, y escuchado, cual el canto del cisne moribundo, sus finales dulces acentos de consuelo, de enseñanza y de protección y de amor, comienzan á sentir sed, y no murmuran como los israelitas, pero lloran.

Un discípulo ausente á la muerte de su Maestra, un Apóstol, que tampoco se halló, providencialmente, en otra ocasión solemne, en el seno de sus hermanos para ver al resucitado Salvador; Tomás, el pobre incrédulo, ó el envidioso niño, según las diversas sentencias de los SS. PP., ha corrido mucho, porque venía de muy lejos, como Balaam de las riberas del río de la tierra de los hijos de Ammón; y sus lágrimas, y sus instancias, y sus protestas son motivo inocente para satisfacer todos esa sed ardiente que los devora: *Junta al pueblo y le daré agua*, dice el Señor á Moisés, en los Números, después de la victoria sobre Avad, cerca de los torrentes de Arnón, otra vez

después de la muerte de María, y del golpe de la vara, junto á su sepulcro, en los peñascos de Sin: júntanse los apóstoles y discípulos, la pequeña pero fervorosa grey cristiana, y se encamina *al pozo que cavaron los príncipes*, al sepulcro que han abierto los Apóstoles para lanzar otra mirada de amor, que refrigere sus abrasados labios, sobre aquel rostro divino: María no está allí; sólo, según la tradición, han encontrado el sudario, cubierto de flores con que revistieron su cuerpo.

Asómate ahora tú, segunda vez, Balaam, inspirado por Dios, á un lugar todavía más elevado, á la cumbre del monte Fasga, y construídos tus siete altares y colocadas tus siete ofrendas, mira hacia el campamento Israelita, del que sólo verás desde ahí una parte, que por eso te ha llevado ahí Balac, para que no te espantes de su grandeza: ¿dejarás de bendecir por eso? ¿maldecirás? ¿negarás el prodigio? ¿le atribuirás, en la Asunción de María, á la preocupación de los fanáticos?

*No es Dios como el hombre para que mienta, ni como el hijo del hombre, para que se mude: ¿Dijo, pues, y no lo hará? ¿Habló, y no lo cumplirá? No hay ídolo en Jacob, ni se ve simulacro en Israel: el Señor está con él, y sonido de Victoria de Rey en él: Dios lo sacó de Egipto, cuya fortaleza es semejante á la del rinoceronte.*

Estas son las palabras del agorero ammonita, hermanos míos; palabras decisivas y terminantes, que yo aplico, en la ocasión presente, al glorioso Misterio de la Asunción de María: *no es Dios como el hombre*, es verdad: lo dice esa Biblia que llevas siempre contigo, reformista evangélico; y dice también: *que no permitirá que su Santo vea la corrupción, y que su sepulcro será glorioso*: no apliques esas palabras reveladas, á María en su Asunción á los Cielos, con la Iglesia y la tradición y la piedad; pero yo te desafío á que me busques una reliquia del sagrado cuerpo de María por toda la tierra.

¿Me vas á decir, acaso, con tus padres en la mentira, y en la impudencia, los hombres de la Ley, incrédulos aparentes é hipócritas de la resurrección del Salvador, que los discípulos